





# EL OTOÑO DEL MUERTO



Jesús Almenar

# EL OTOÑO DEL MUERTO



Primera edición: mayo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Almenar

© Portada: Carmen Arasanz (óleo: *La silla*)

ISBN: 978-84-18366-00-0

ISBN digital: 978-84-18366-01-7

Depósito legal: M-12750-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Carmen, Alejandro y Carmen Gemma.  
Y Luis Alfonso.*





## NOTA DEL AUTOR

Esta obra es de ficción y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.



«En la sucesión de eventos,  
el bien y el mal son aleatorios...  
Tan imprevisibles como la teoría del caos».



1ªParte

*1969, Soria*



# I

Un estruendo rasgó estrepitosamente la calma y el negro presagio se hizo realidad descargando su furia y cubriéndolo todo con una fría y densa cortina de agua, haciendo buscar con urgencia, ante semejante ataque, un improvisado refugio a los despavoridos transeúntes.

Al otro lado de los cristales salpicados, un hombre acababa de encenderse un cigarrillo y miraba indeterminadamente hacia la pequeña plaza. El ruidoso despertador había interrumpido su sueño en la más que avanzada mañana. «No se está mal oyendo la lluvia desde casa» pensó, en tanto se situaba en el nuevo día y decidía prepararse un buen tazón de café con leche, ofreciendo antes un nuevo tributo a la Tabacalera.

Mientras daba una bocanada a su cigarrillo, abrió ligeramente la puerta del balcón y el aire puro de tierra mojada le renovó de nuevo.

El ozono trajo escenas pasadas y tiempos de juegos:

«—Cálzate las botas de agua, que saldremos a coger unos caracoles. Con este chaparrón y la buena tarde que ha quedado llenaremos la cesta.

—Sí madre enseguida estoy».

Marcos se había criado en un pequeño pueblo de la provincia del Duero donde disfrutaban de sus aguas las musas de escritores ilustres. Sus padres, agricultores y apegados a la tierra, vivían con tranquilidad las sensaciones de una actividad diaria; en la rutina... sin sobresaltos.

Era hijo único y en buena parte gracias a ello, pudo tener más cercanos los desahogos de caprichos infantiles, que otros con hermanos tenían vetados.

Las economías no caminaban airosas para la mayoría de las familias y no era tontería que, si bien el ser hijo único le había depurado algunos sinsabores y quizá una cierta soledad en los juegos, también trajo consigo un beneficio al contar con más porción en el reparto.

Absorto en sus pensamientos mientras aspiraba cadenciosamente el humo de su *bisonte*, una ráfaga de viento lo devolvió a la realidad y buena parte de la ceniza fue a depositarse en el jersey, provocándole una pequeña quemadura.

—¡Joder! —exclamó, mientras se daba unos rápidos manotazos en la prenda intentando evitar lo irreparable—. Tengo que dejar de fumar... o mejor, diría yo: poner un poco de atención para no volver a estropear la ropa.

La lluvia le encantaba. Disfrutaba de esas tardes de aspecto otoñal, con el cielo cubierto y el olor tan limpio e intenso del agua recién caída. Criado en un entorno frío, había llegado a este mundo en enero. Estaba, por tanto, influenciado fuertemente por el mes de su nacimiento y el color plomizo le atraía enormemente.

El chaparrón amainaba, así que despejó del todo la salida al balcón. El aroma de arcilla húmeda entró como un torrente en su interior y agradeciendo su caricia fresca se dedicó a observar el reinicio de la actividad interrumpida por el aguacero. Alguien centró su interés sobre el resto: la empleada de la papelería bajo los porches. Justo enfrente. Una mujer joven, de buen ver, terminaba de pasar la escoba y se disponía a reanudar su actividad en el establecimiento.

Viendo como regresaba al interior de los soportales, entró de nuevo a la sala de estar y tras cerrar la puerta, caminó hacia la cocina retomando el pensamiento olvidado de su desayuno.

La vivienda disponía de una buena vista asomada a la plaza y eso le abría al mundo. Daba gracias por ello, porque ya no había nada más. El piso era humilde y sin comodidades y de la pintura, mejor ni comentar. El edificio era estrecho, aprovechado entre sus colaterales espaciosos y estaba encajado como una cuña entre dos maderos. Carecía de otra ventilación salvo un ventanuco largo en



la cocina, abocado a un oscuro patio de luces y que solo daba algo de aire para facilitar la respiración a la cocina «económica», de carbón. En cuanto al baño, no era minimalista, sino de mínimo espacio, con una pequeña ducha y saneado, inapreciablemente, por un *sbunt* colocado en una esquina del techo. Por último, el escaso recorrido del piso terminaba en su dormitorio: alcoba con entrada y salida desde la sala de estar y de ahí a la escalera. Total, poco más de cuarenta metros. Dicho esto, no se podía hablar de residencia, sino de habitáculo; aunque es verdad que, desde el balcón, el mundo se le ofrecía a él como los feligreses al cura subido en un púlpito.

Bastante sobrecargado por el trabajo, no había podido disfrutar de su tiempo desde hacía semanas. Es verdad que su jefe, en algún momento le había sugerido que descansara un poco y que se tomara el día libre. Pero él era como era... le gustaba llevar todo controlado y sin retrasos.

En todo caso la disminución de pedidos facilitó que la jornada se la tomara sabática.

Cotidianamente tenía un fácil despertar, pero el frío amanecer y la humedad de la lluvia, le hizo abandonarse al calor de las sábanas y alargar el sueño.

Había pasado ya un buen rato y necesitaba del aroma a café... de sus pequeños trozos de pan sumergidos en su bol y, pensando en el frío exterior, degustar despacio el placer evocador de sus años en Zaragoza.

Y que, como tantas y tantas veces, otra vez su cerebro rebuscara en los *trebejos*<sup>1</sup> de su pasado.

Debía pasar un momento por la imprenta a recoger un paquete de octavillas, para una academia de conducir que quería inundar los buzones con propaganda. Confiaba en acabar pronto y disfrutar de su asueto el resto de la tarde. Terminó de arreglarse y en unos minutos estaba ya dispuesto en el rellano de la escalera y echando la llave.

---

1 Escenas pasadas. Partes concretas de nuestro pasado. Como en el ajedrez existen las diferentes piezas con sus particularidades.

—Don Pablo, buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿Qué haces por aquí? Es tu día libre.

—He aprovechado para recoger el paquete de octavillas de la gestoría. Me viene de paso y así podrán disponer de ellas lo antes posible.

—Bien pensado. Que sepas que te agradezco este interés que sin obligación pones por el trabajo. Eso habla bien de ti. Sí, muchacho... muy bien de ti.

—No me ha costado ningún esfuerzo. Pero gracias, don Pablo.

Salió de la imprenta con el encargo y se dirigió en dirección a la empresa del cliente. Estaba en el límite del ensanche con la zona vieja. No muy lejos. En el fondo nada estaba lejos siendo una ciudad pequeña.

Tras entregar el pedido, ya libre del todo, se encendió un cigarrillo y pensó dónde encaminar los pasos. Hacía algún tiempo que no se veía con Paco, un inspector de Policía con el que mantenía muy buena relación, así que enfiló la acera hacia el bar donde buena parte de las frías tardes, ya oscuras, recalaba su amigo.

—¡Quién entra aquí...! —exclamó una voz desde el fondo—. Dichosos los ojos... ¡Ven que te dé un abrazo! —continuó, mientras se levantaba para recibirlo.

—Tenía libre y he pensado en verte y echar unas cervezas —le contestó mientras se saludaban efusivamente.

Paco era el jefe de la Brigada de Investigación Criminal. Fiel con sus amigos, amable de trato y buen conversador, a la par que muy concienzudo en su trabajo.

—¡Pues eso está muy bien!... acordarse de los amigos —le dijo con una amplia sonrisa, mientras le echaba el brazo por los hombros y lo llevaba a su mesa.

—¡Tráenos dos jarras de cerveza! —se dirigió al camarero, mientras tomaban asiento.

—...Y bien Marcos, ¿qué ha sido de tu vida, todo este tiempo?

—Nada de particular. La rutina normal de la imprenta: atender los pedidos, por las mañanas, y preparar las correspondientes impresiones, por las tardes. Esta faena es más entretenida, porque

hay que prestar atención a que todas las letras estén perfectamente colocadas en sus cajetines; pero también es muy laboriosa. Se me hace casi siempre muy tarde disponiéndolo todo y dejándolo preparado, para que por la mañana don Pablo controle el trabajo de las máquinas... Y así, vuelta a empezar. Como ves, pocas novedades. ¿Y tú? —se dirigió a su amigo, ¿cómo va la salud policial en nuestra ciudad?

—Hasta hace unos días era perfecta: La pelea típica en una noche de juerga... una *sirla*<sup>2</sup>, muy de tarde en tarde, y poco más. Se podría decir que afortunadamente el ambiente era tranquilo. Sin embargo la calma se ha roto, como esta mañana con la tormenta.

—¿Qué quieres decir?, ¿ha ocurrido algo grave?

—Se está silenciando por el Gobierno Civil todo lo que se puede, por no crear alarma en la población, pero la prensa y la radio quieren dar la noticia: La madrugada del viernes pasado, es decir, hace prácticamente una semana, apareció el cadáver de un hombre, de edad mediana. Exactamente lo sabremos todo sobre él cuando nos contesten de Madrid, del Gabinete Central de Identificación, y nos faciliten sus datos al completo.

—Paco, ya sé que te debes al secreto profesional, pero si no entraña problemas, ¿podrías adelantarme algo más? Sabes que estos temas me gustan, por lo que llevan detrás.

—¡Claro que sí...! y más tratándose de ti y de tu discreción. En el fondo tampoco voy a desvelar nada, porque tanto el periódico como las emisoras de radio han recibido el permiso del gobernador civil, para dar la noticia y mañana mismo será el comentario de café.

»El hecho es que, sobre las tres de la madrugada del viernes, dentro de la vigilancia rutinaria que los agentes llevan a cabo por el parque y sus alrededores, en busca de parejas indecorosas o algún *chaperó*<sup>3</sup>, observaron algo sin forma definida, en el suelo y medio apoyado en un banco. En esa zona —continuó—, la visibilidad es

---

2 En el argot delincuente, robo efectuado con un arma blanca.

3 Persona de sexo masculino que se prostituye con otros hombres.

escasa y si además añadimos la neblina que provoca el río relativamente cercano, hacía difícil distinguir de qué se podía tratar.

Al aproximarse, la luz de las linternas los dejó petrificados: el bulto era un hombre que aparecía sentado en el suelo, con la espalda en el banco y la cabeza caída hacia atrás. Únicamente vestido con una americana gris, pantalón crema y camisa a cuadros verdes, desabotonada. Comprobaron, por su rigidez, que tenía que haber ocurrido el fatal desenlace hacía ya unas horas.

—Lo que cuentas me está dando escalofríos...pero continúa.

—Uno de los agentes se quedó custodiando y su compañero fue a la comisaría, a informar de urgencia sobre el macabro hallazgo. A partir de ahí, el protocolo de rigor redactando el correspondiente atestado: llamada al juzgado de guardia, para el levantamiento del cadáver... llevar a cabo la inspección ocular, con toma de fotografías, posición del muerto, recogida de muestras, efectos, vestigios, etc. En resumen: iniciar nuestras labores de investigación para determinar qué ha podido pasar, así como la hora y demás circunstancias... En esto será determinante el resultado de la autopsia. Pero está claro que, por su aspecto externo, toma toda la fuerza el *quién*.

»De todos modos —continuó, no he visto, afortunadamente para mí, muchos muertos; pero este me ha impresionado muchísimo. Y no te he dicho todo al describir cómo fue descubierto.

—¡Paco, no me tengas en ascuas! Sé que resulta morboso, pero acaba tu relato, ¡por favor!

—¡Bien!, su rostro estaba enrojecido, y un hilo de sangre asomaba por la comisura de los labios. Estaba sentado en un charco de sangre, y el abdomen presentaba una enorme hinchazón, con unos grandes hematomas. Como si hubiera ingerido algo que en su organismo reaccionó violentamente, provocando un aumento de volumen en sus vísceras y rotura interna de los vasos sanguíneos.

—Suen a matarratas.

—¡Sí...! Eso mismo pienso yo. Da la impresión de haber consumido una gran cantidad de raticida, o algún producto similar. Pero hay algo más...

—¿Más todavía? ¡Vamos dímelo ya!

—La espalda, y el costado izquierdo los llevaba cosidos a pinchazos, al parecer hechos con un punzón.

—Da miedo pensar que en una ciudad tan provinciana y tranquila, pueda llegar a cometerse algún hecho de semejante calibre. Y que, incluso ahora, puede estar observando y recreándose ante semejante escena. ¡Un psicópata en la ciudad...! ¡En Soria!

—Marcos, debes confiar como ciudadano en la Policía y, lógicamente, en mí. Llegaremos a la verdad y da por seguro que descubriremos a su autor.

Tras acabar de darle a conocer estos hechos tan desagradables y prometiéndole tenerlo al corriente de los pormenores que fueran apareciendo, cogió la jarra de cerveza y chocándola suavemente contra la otra, se dirigió a su amigo:

—Cambiemos de tema. Ya es suficiente por hoy tanta mala noticia... ¡Por nuestra afición común que es la historia... los libros de viajes... La vida!

—¡Exactamente!... ¡Por la vida... y por nosotros! Por cierto —continuó—, ¿has leído algún libro nuevo?

—¡No! Hace tiempo que no leo nada, ni de viajes, ni de ninguna otra cosa. Ando ocupado con la comisaría... con mi hijo que está estudiando en Zaragoza y con Eva, que con el síndrome del *nido vacío*, necesita un poco más de atención. ¿Y tú?

—Ahora estoy en la lectura de un libro muy interesante sobre los comportamientos de las tribus de Oceanía. La mayoría tienen sus propias costumbres, pero buena parte de ellas tienen rituales semejantes. Por ejemplo, en la familia, la figura del tío, concretamente del hermano de la esposa, cobra un papel relevante. Hasta tal punto que tiene más predicamento que el propio padre sobre sus hijos.

—¡Sí que resulta atractivo el tema! ¿Y cómo te ha dado por ese continente tan lejano? ¡Como si no hubiera materia de estudio más próxima!

—Ya sabes que lo que no se tiene cerca suele atraer con más intensidad. Y Oceanía está muy lejos...

—En cualquier caso, tenemos que vernos más a menudo... Ahora —le dijo a modo de despedida—, me vas a perdonar pero debo regresar al trabajo. Al jefe le gusta que vaya, aunque sea de pasada. Parece que le tranquiliza verme por allí y que le ponga al corriente de la actividad de la Brigada. Ya ves que cantidad de novedades puede haber desde la hora de comer hasta la media tarde. ¡Pero el jefe es el jefe...!

—¡Adiós Paco, cuídate!

—Lo mismo te digo amigo.

Marcos, aun se quedó un rato en el local. Tenía todavía un poco de cerveza en la jarra y el barullo del bar, los gestos de la gente...y hasta el ambiente cargado de humo y fritanga le servía de relajación y le acompañaba a él, que pasaba tantos ratos solo.

—Buenos días don Pablo.

—Buenos días... ¿Dispuesto para el trabajo?

—Como todos los días, don Pablo.

La imprenta, era un modesto taller de impresión levantado por él, cuando se estableció en España.

Próximo a la jubilación, vivía con la nostalgia de su pasado familiar. Sus abuelos, llevando con ellos a su padre muy pequeño, habían emigrado de Alsacia hacia lugares de climas más benignos, llegando a recorrer en su búsqueda un buen número de islas de la Polinesia. Su madre vino al mundo concretamente en una de ellas, rebautizada por Magallanes como San Pablo. De ahí su nombre. Viajeros impenitentes iban recalando allá donde los negocios fueran rentando, sin un lugar fijo. Esto sirvió al joven Pablo para hacer de él un extraordinario estudioso de las costumbres ancestrales, y a veces tan dispares, de las islas que iban visitando. Pero a pesar de todo eso, en el fondo seguía muy apegado a sus orígenes y a la cultura y raíz de sus predecesores: Alsacia.

Pocos conocían su pasado y prefería pasar lo más desapercibido posible, teniendo en cuenta que en su momento había hecho causa común con distintos ideales, para acabar en el ejército de la llamada Francia libre y llegar a alistarse en la *Resistencia* como voluntario

veterano en 1.944. En los años cincuenta y tras nueve años tropezando de país en país consideró que España era segura. Nadie como él quería que siguiera segura. Lo necesitaba.

Con un pequeño capital oficializó su residencia, evitó algunas preguntas incómodas y montó la imprenta que regentaba actualmente.

Junto con otras máquinas menos avanzadas, una Minerva Heidelberg, de segunda mano, hacía el trabajo duro de impresión; sin fallos.

Era muy ordenado y madrugador. Y quien llegaba primero a la imprenta. Su primer acto consistía en inspeccionar personalmente el retrete y rociar con lejía, generosamente, todos sus rincones. El lugar en el que se aliviaba el cuerpo estaba algo ajado por el paso del tiempo y carecía de taza: una plataforma con los apoya pies perfectamente definidos a ambos lados marcaban directamente la posición a ocupar por el usuario. Y, en honor a la verdad, aunque el lugar ofrecía una imagen del todo desfasada, olía a limpio. Para él en esos sitios era absolutamente esencial la pulcritud.

Aun recordaba con cierto asco unas relaciones íntimas llevadas a cabo en los ardores juveniles y como acabaron en unas *purgaciones*<sup>4</sup>. Según pensaba él, por haber usado como rincón del amor un sitio parecido. Se juró a sí mismo que en esos lugares brillaría la limpieza y, francamente, tomando como base que la higiene es algo necesario, no es menos cierto que el contagio se produjo por un contacto carnal y no por la suciedad de las paredes...

Su oficina también respiraba rancio. Pero como él decía, siempre que salía el tema de la mano de pintura: «Método y trabajo. Lo de menos es la decoración... El cliente pide solución y la empresa gana si se la da: *Señores, método y trabajo... trabajo... trabajo*».

Así era don Pablo, porque salvo las comidas y las horas de sueño, más bien pocas, pasaba el día entero en la empresa. Vivía por y para la empresa. No se le conocían amigos; y algún domingo, se le veía tomando vermouth en el casino. Siempre solo. Y poco más.

<sup>4</sup> Enfermedad infecciosa de transmisión sexual.

Junto a él, dos empleados ayudaban en las tareas: Saturnina, dedicada al papeleo, y Marcos.

A él, el desempeño de su labor le resultaba pesado y siempre, irremisiblemente, en el transcurso de cada jornada llegaba a odiarlo. Sobre todo trabajar en cualquiera de los tres tipos de cajas, sobre la superficie inclinada del *chibalete*<sup>5</sup>, con las diferentes letras, números y signos.

Uno a uno, los caracteres tipográficos, hechos en plomo, iban ocupando su lugar y repartiéndose los espacios, previamente diseñados; ordenándolo todo en una regla de metal, o componedor, a fin de ir completando el renglón y situarlo, en la composición de la página correspondiente, en el *galerín*<sup>6</sup>.

Un verdadero arte el de la *tipografía*, necesitado de paciencia y tiempo. Sin olvidar el pequeño crisol para fundir el plomo y su inevitable inhalación de gases. En resumen, una serie de procesos basados en una buena atención para evitar fallos. Y como la mayoría de trabajos manuales a nivel de operario, escasamente pagados.

Disfrutaba, eso sí, con la mezcla de las diferentes tintas, espesas... orgánicas. Con el olor de los disolventes, y enfrascado en la limpieza de los engranajes sucios por el polvo del papel y el plomo.

Al ponerse cada mañana en marcha el ruido de las *correderas*, con sus mecanismos de admisión y expulsión, si al comienzo de la mañana semejaba una sinfonía transiberiana, al final de la tarde era una tortura matemáticamente dispuesta para taladrar con el sonido monocorde, temporalmente implacable, el espíritu más paciente. El santo Job, después de una jornada en la imprenta, hubiera sido internado con ansiedad incurable. Ese machaqueo le desquiciaba.

Procuraba quedarse al medio día. Así terminaba la jornada antes. Al no tener cargas familiares podía hacerlo y estaba acostumbrado a comer de bocadillo.

---

5 Armazón de madera, algo inclinado, donde se colocan las cajas para hacer la composición, Las cajas son de dos tipos: una para minúsculas y otra para mayúsculas

6 Tabla o plancha metálica, larga y estrecha, con listón en su parte inferior y costado derecho, donde se depositan las líneas de composición, hasta llenarlas formando la *galerada*.



Don Pablo y la encargada de la oficina salieron, como todos los días, para ir a comer.

—Hasta la tarde —dijeron ambos casi a la vez.

—Adiós don Pablo. Hasta luego Saturnina —les correspondió diligentemente.

—Saturnina, yo hoy voy a adelantarme para hacer unos recados en el centro. Más tarde nos vemos en la oficina.

—¡Muy bien don Pablo!

Dueño y señor del lugar, Marcos, se acomodó en la pequeña oficina de su compañera de trabajo y sacó el bocadillo. Quitó el papel basto que lo envolvía: una mezcla entre estraza y... más estraza, y miró el contenido con deleite. Era un momento único, la máquina estaba parada y se iba alejando de su cerebro la tortura insistente de la prensa. Extrajo del bolsillo su fetiche y tras acariciarse el cuello con él, lo guardó seguidamente en su lugar. Se podía decir que tras esa bendición ritual para agradecer los alimentos, ya estaba dispuesto a dar buena cuenta de ellos: ¡Amén!

Llenó la taza con el café del termo y el aroma humeante lo invitó a encenderse un cigarrillo. Al fin y al cabo era la sobremesa y hasta dos horas más tarde no aparecerían de nuevo. Paseó un poco por el local. Lo hacía muchas veces y siempre acababa fijándose en algún detalle nuevo. Le gustaba observar los engranajes y su funcionamiento, no en vano había desarrollado en Zaragoza estudios de maestría industrial.

Una vieja máquina *Winkler 1924* de impresión plana, abandonada, ocupaba un rincón haciendo esquina junto al retrete.

Debajo, una caja de madera cubierta de mugre y polvo y a su lado y completando el renegrido conjunto dos cubos altos de chapa contenían los recortes de plomo.

—Qué curiosos estos diseños —pensaba, mientras su mirada desmontaba la impresora en sus más íntimos detalles, deleitándose en la perfección de sus diferentes piezas. ¡Qué lástima!, después de haber servido sin descanso tanto tiempo ahora olvidada para siempre.

Acabó el cigarrillo y fue a sentarse de nuevo en el cómodo rincón de sus comidas. Recostó la espalda en la pared e intentó dar una cabezada hasta el inicio de la jornada de tarde.

—Buenos días, don Pablo, estaba recogiendo los últimos libros del mostrador para irme a comer.

—Disculpa Claudia, se me ha hecho tarde en la imprenta. No te voy a molestar, solo preguntarte si ha llegado el pedido que solicité hace unos días.

—No, don Pablo, y como viene del norte de Europa, aún tardará algún tiempo en llegar.

—Ya que te he importunado interrumpiendo tu cierre del medio día. Si me aceptas, y no lo consideras como una impertinencia, te invito a comer.

—Es usted muy amable. ¡De acuerdo!, deme un minuto. ¡Ah! De impertinencia nada, don Pablo, es toda una galantería por su parte y se lo agradezco.

Ambos salieron de la papelería y Claudia se limitó a cerrar con llave sin bajar la persiana metálica, ya que dos horas después abriría de nuevo por la tarde.

Los porches estaban rodeados por bares y restaurantes que ofrecían comida casera y a buen precio, así que se limitaron a buscar un lugar cercano y tranquilo.

Una vez dentro del local, el camarero, tras preguntar si iban a comer, los dirigió a una mesita para dos, recogida y bien iluminada.

Ayudó a sentarse a su invitada, e inmediatamente lo hizo él.

Se limitaron a pedir el menú, ya que no era una salida de fiesta, sino una comida diaria en horas laborables y con un tiempo limitado.

—Me agrada que hayas aceptado la invitación de este «casi» jubilado.

—No diga eso. Es verdad que usted me pasa unos años, pero tiene muy buen aspecto y, lo más importante, transmite cultura y serenidad.

—¡Gracias...! Pero los años son los que son. No obstante tenía interés en invitarte a comer. La oportunidad se ha presentado, un poco de casualidad... ¡Y, por qué no, aquí estamos!

—Usted dirá...don Pablo.

—Desde que entraste a trabajar en la papelería me has llamado la atención. Yo por mi profesión, y sobre todo, por la educación germánica que me inculcaron mis padres soy muy ordenado en gestionar mis cosas. Es posible que la mesa de trabajo se pueda ver con albaranes amontonados y pedidos en papeles aparentemente desordenados. Pero en mi cabeza soy tremendamente estructurado y práctico. Y ocurre que cuando entro en tu tienda observo que estás a cada momento reordenando los periódicos y dejándolo todo perfectamente en sus respectivas estanterías. Eso me gusta.

—También yo en mi niñez tuve que suplir a mi pobre madre que cayó enferma y hacerme cargo de la mayor parte de las tareas de la casa y cuidar a mis hermanos pequeños. No fue germánica mi formación, pero sí dura como la vida misma.

Al mismo tiempo que terminaba su frase, el camarero dejó el primer plato sobre la mesa: estofado de garbanzos.

—¡Qué aspecto tan exquisito!

—¡Y que lo diga don Pablo!

—Te voy a decir una cosa, por la diferencia de edad puedes a tu criterio seguir con el tratamiento del usted. Pero deja el don, que todavía me aleja más de ti y me hace más viejo.

—¡Gracias! Así lo haré...Pablo.

—Te decía, Claudia, del orden. Pero tú has corroborado al hablar de la etapa con tu familia, lo que yo observaba desde el primer momento en tu mirada: mucha soledad. Por eso, sobre todo, tenía interés en hablar más en privado contigo. Me atrae esa tristeza de tu mirada.

—En la vida, Pablo, a todos nos pasan cosas y marcan. Las enfermedades...la falta de madurez para afrontar las tareas... todo eso a mí me impactó. No hasta el extremo de cambiarme la vida, pero claro que marcan.

—Yo también he atravesado en mi vida por zonas oscuras... más que eso, verdaderamente negras. Si vamos haciendo una amistad... más cercana e íntima, te las iré contando. Pero será en función de la cercanía que vayamos teniendo.

—No tengo a nadie, ni me ata nada. Es bastante mayor que yo, pero como le he dicho la cultura me atrae, y usted aparenta mucha. También la serenidad. Me gustaría que fuéramos amigos y aprender todo lo que pueda de usted...

—La verdad que tenía esta secreta esperanza de acabar oyéndote esto. En el fondo somos muy parecidos y estamos solos. Tú me aportas juventud y yo experiencia.

—Una cosa tiene que quedar clara, Pablo: esta relación de amistad entre nosotros tiene que ser totalmente privada, no deberá salir de nuestro entorno particular. Y acabará cuando cualquiera de los dos la de por terminada. ¿De acuerdo?

—¡Totalmente!

La comida fue transcurriendo y las rodillas llegaron a tocarse. Un morbo extraño apareció en la escena y se instaló en ambos, especialmente en Claudia que al notar el contacto por primera vez se sintió turbada y hasta con cierta actitud de rechazo, porque no sentía especial atracción física por los hombres pero, al mismo tiempo, también emocionalmente complacida por el atrevimiento.

En un primer momento dejó unos segundos de hablar para fijar sus ojos en los de él, que le sostuvo la mirada de forma fría. Al momento, sin hacer comentario al respecto, reinició de nuevo su conversación.

Don Pablo, a partir de ese primer contacto y tras su éxito, abandonó la atención en la charla para centrarse principalmente en repetir cada algunos minutos la misma operación, con el mismo resultado. Quería la emoción de la dominación y parecía que lo estaba consiguiendo. Las sensaciones morbosas que experimentaba le llevaron a otros tiempos... y eran tan intensas que en algunos momentos dio paso a erecciones entrecortadas.

A ella, la novedad de la cita y el añadido de ese lenguaje no verbal, tan sutil y secretamente erógeno, la acabó excitando enormemente. Desde ese momento se prometió a sí misma intentar entrar a fondo en su vida. Intuía que en él, posiblemente, habitaban secretos malvados... No tenía nada que perder y esos mundos,

sin saber bien por qué, le atraían absolutamente, queriendo llegar a experimentarlos.

Estaba en esas elucubraciones, cuando los cafés en la bandeja del camarero, acercaron la pareja a la realidad.

Rápido final, para volver cada uno a sus quehaceres.

—Estas próximas semanas, estaré fuera. Voy a Francia, concretamente Alsacia, a ver a mi familia. A mi regreso será el momento de intensificar nuestra relación y aprender muchas cosas el uno del otro.

—Estaré encantada, Pablo.

—Hasta mi vuelta. Cuida bien la papelería, ja, ja, ja.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Sí, lo haré!, descuide.

Ambos marcharon a sus trabajos. Claudia, hacía tiempo que se había fijado en él. Lo veía diferente y quizá porque le sugería una careta que ocultaba otra persona. Su mirada con ella siempre era fría y de dominio y eso le llegaba a seducir, aun a pesar de su tremenda prevención por los hombres. En todo caso había algo en él que le atraía, algo indefinible, subterráneo...oscuro. De dolor ajeno... No acababa de estar a gusto con el sexo opuesto, y sin embargo esos toqueteos furtivos la habían transportado a otras sensaciones diferentes... Espiritual y físicamente apetecibles.

Mientras caminaba hacia la papelería las ideas le venían claras. Quería saber más de él y llegar, a través de esa aparente sumisión de ella, a darle la vuelta y dominarlo y a la vez llegar a sus posibles recovecos miserables.

Era todo un reto, pero una forma más de salir de la rutina en una pequeña ciudad provinciana.